

Era como si tuviera estrellas en las manos, tantos destellos brotaban de los brillantes a la luz de la luna.

En el patio colonial de la destartada casona, los huele de noche embalsamaban el ambiente.

Nubes de formas opulentas se deslizaban por el zafiro del cielo. La Noy, para contemplar su tesoro, esperaba y espiaba hasta que la luna llena aparecía con el conejo claramente dibujando en el vientre opalino. Sentada con las piernas extendidas sobre el suelo, de cuando en vez volvía la cabeza hacia los visillos del piso alto.

De nuevo, el ruido restallante de la fusta hirió el aire y desgajó la noche: se oyeron sollozos, los gritos sofocados como por una almohada puesta sobre la boca. Elisa juraba que era inocente; el capitán la llamó ramera, y se lamentó de haberla sacado de una casa de asignación: "Esto me gano por confiar en una mujer como tú", decía, con su voz bronca de norteño enfurecido . . .

La luz de arriba se apagó y fue posible percibir de nuevo el reclamo nocturno de los grillos.

Leonor, la Noy, como la llamaba su madre, cruzó el portal hacia el cuarto de Beldora; entró en la habitación, una pieza grande con vigas de madera carcomida; vigas tan altas que uno se podía olvidar de que había techo. Beldora estaba echada en un sofá desvencijado: su cuerpo, casi en los huesos, se perdía dentro de una elegante bata descolorida. El tufo del aguardiente golpeó a la Noy en plena cara. La madre le ordenó cerrar la puerta; su voz sonaba irritada. La niña se acercó, tanteando entre los baches de las viejas baldosas del piso y le dio un beso tímido en la frente. Beldora trató de retenerla pero sus dedos, trémulos, no pudieron asirla.

La Noy cerró el zaguán y se perdió entre calles y callejones sinuosos. Largas ventanas enrejadas, tras sus cortinas, dejaban escapar la luz hablándoles de tibieza, de sábanas limpias, azulinas de añil, al-

midonadas. Beldora era una madre muy buena pero cuando se embriagaba, se volvía una fiera.

Una fogata alumbraba en el patio del cuartel; los soldados jugaban a las cartas y a los dados. La Noy se paró junto al calor, acercó las manos a la lumbre, y las llamas arrancaron fulgores a sus ojos negros y rasgados. Los militares apenas si le prestaban atención: la consideraban parte del paisaje, acostumbrados como estaban, a verla gravitar en los alrededores. A veces les hacía pequeños servicios, como comprarles cigarrillos en la tienda o llevar algún recado. Todos en el cuartel, la trataban con respeto y camaradería: había cierta dignidad en ella a pesar de lo gastado de sus vestidos y de su aspecto desmedrado.

La Noy se acurrucó junto a una columna. De algún rincón, llegaba el lamento de una guitarra y una voz grave hilvanaba, triste, los versos de un corrido. Tristeza que no tocaba a la niña porque se encontraba soñando en voz alta: "Toca otra vez esa pieza mamá, me gusta mucho. . ."

Beldora había sido una gran pianista en su juventud, y habría ayudado a su precaria economía, que hubiera dado lecciones de música, pero "era muy mal visto que una señora anduviera trabajando en las casas . . ."

La única entrada, desde que el padre de la Noy las había abandonado, era la renta obtenida de las habitaciones que ocupaban el capitán y Elisa.

El toque la Diana la despertó. La Noy se acercó a los rescoldos que todavía asomaban su cara sonrosada entre las cenizas, estiró su falda y la planchó con sus manos, untó saliva en su pelo a manera de brillantina, y rehizo los lazos de sus trenzas. . .

En la calle somnolienta, se escuchó el agudo silbido del carrito de los camotes; las beatas, como aves agoreras, dentro de sus tapados negros, se encaminaban a misa. Mujeres con canastas bajo el brazo iban al mercado; y los arrieros, siguiendo el

---

paso a sus voluntariosas mulas, entraban en la ciudad gritando su pregón . . . La Noy también atendió el llamado del apetitoso aroma de la plaza y se acercó, sigilosa, a un puesto de fruta . . . Con una manzana escondida en los pliegues de su falda, se escabulló entre las piernas de los marchantes.

Era muy temprano para ir a casa: Beldora estaría durmiendo; las hornillas, sin carbón; nada en la alacena de la cocina. Entró en una iglesia. El calor de los cirios y la dulzura de los cánticos que llegaban del coro, predispusieron su ánimo.

Abrió la pesada puerta del zaguán, adelantó un pie y la mitad del cuerpo. Se detuvo a escuchar, luego, metió el resto del cuerpo: en el hueco de un resumidero, abajo de un tubo que salía del techo y que servía para que escapara el agua de lluvia, tenía escondido el reloj. Cuando la campana municipal sonaba, la niña levantaba la teja que escondía la joya y comprobaba la hora. La carátula engastada en brillantes le sonreía y ambas hablaban y se contaban sus novedades. La Noy se puso el reloj en la muñeca y giró el brazo con coquetería; luego lo colocó en el hueco de la mano para contemplarlo durante largo rato: "Si pudiera lucirlo en la escuela, qué envidia les daría a mis amigas". Pero no era posible: "las niñas no usan joyas tan caras".

Las espuelas fustigaron las viejas baldosas del segundo piso, bajaron las escaleras como una carga de caballería y su eco ominoso se disolvió tras el portón de la calle.

La Noy emprendió el viaje al cuarto de Elisa despacio, contando los escalones, alargando el tiempo . . .

La voz, todavía afligida de Elisa, le ordenó que pasara.

—Toma, dijo la Noy alargándole el reloj. Me das lástima por lo mal que te trata el capitán.

—¿Por qué no me lo pediste prestado? le convenció Elisa . . .

